

Significado de las violencias locales en un mundo globalizado*

Mary Luz Alzate Zuluaga

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA, MEDELLÍN (COLOMBIA)

mary_alzate@yahoo.es

Resumen

En este artículo se analiza la producción de la violencia en el espacio político global, en el que cualquier decisión pública o privada tiene efectos significativos en la vida cotidiana. Para tal efecto se discuten comparativamente las viejas y nuevas formas de violencia y su carácter público o privado, con sus distintos entrecruzamientos entre Estado y mercado, y las actuales consecuencias del vacío de regulación estatal en las decisiones de la vida en común –concluyendo en la urgencia de una reinterpretación de las violencias a partir de la articulación de los distintos factores que la producen.

Palabras clave: Violencia, Estado, escenario global, política.

The Meaning of Local Violence in a Globalized World

Abstract

This article examines the production of violence in the global political space, wherein any public or private decision has significant effects on daily life. To this end we discuss, comparatively, old and new forms of violence and their public or private character, taking into account the various crossovers between State and market, and the consequences of the current vacuum of State regulation on the decisions of community life. The article brings about a reinterpretation of violence from the articulation of the various factors that produce it.

Keywords: Violence, State, global stage, politics.

Introducción

Las situaciones de violencia en el Congo y Angola en África, Centroamérica o Suramérica, entre otras regiones, tantas veces vistas desde la distancia y el blindaje de la pantalla del televisor a través de la cual se establecía la única relación entre el espectador y los hechos de noticia, es una visión lejana y difícil de revertir hoy. El escenario mundial actual no permite un compartimiento entre las experiencias de violencia locales, y la seguridad y complacencia de los ciudadanos en sus hogares. Se ha llegado a la vivencia de una ciudadanía mundial compartida; en la cual ningún riesgo e incertidumbre nos es ajeno y distante.

Esa ciudadanía mundial no nos llegó por la inclusión, por fin, de todos los derechos o por el logro de las mismas condiciones de posibilidad del ser y del tener; nos llegó por el lado de las implicaciones y las consecuencias de los actos individuales y las decisiones de gobierno en las distintas esferas de la vida. Ya no es posible sentirse desligado, indiferente o impasible frente a los desastres “naturales” y las situaciones de violencia en cualquier rincón del mundo. Pero, ¿de qué forma las relaciones de poder de la escena global dinamizan y están contenidas en la producción de las violencias locales? Este es el objetivo que interesa indagar en el presente artículo, para lo cual se procederá, en primer lugar, a explicar las transformaciones que se han dado en la producción de la violencia de antes, frente a los conflictos contemporáneos estudiados por algunos académicos.

En segundo lugar, la discusión entre lo público y lo privado que atañe a las situaciones de violencia producidas hoy; y, en tercer lugar, se interpreta la violencia a partir de la existencia de una articulación de causas, motivaciones e intereses, que lejos de afirmar una responsabilidad generalizada, o de extrañamiento sobre su ocurrencia en el escenario global actual, o menos aún, de atribuciones esencialistas a un grupo humano en particular, obliga a ahondar en el sentido de los factores políticos que han producido y alimentado los conflictos y problemáticas violentas locales.

1. Las viejas y nuevas formas de violencia

Se discute en este apartado la perspectiva analítica de la violencia desde la interpretación dicotómica sobre las distintas formas de su despliegue; dependiendo de su cercanía o no a un pasado “incivilizado y bárbaro” o al presente “civilizado y universal” (las viejas y nuevas guerras). Los autores que utilizan la disyuntiva entre lo viejo y lo nuevo son imprecisos en cuanto a los rasgos, las condiciones y los efectos de las guerras y conflictos antiguos

frente a las guerras y conflictos contemporáneos, sin embargo, hay acuerdos implícitos sobre la identificación de las variadas y específicas formas en el uso de la violencia para cada una de estas épocas, así como sobre el momento de quiebre que ha marcado el tránsito de lo antiguo a lo nuevo en los conflictos analizados por diferentes autores. Ideas que se recogen fundamentalmente de los enfoques de M. Kaldor (2005), H. Münkler, (2004; 2005) y R. Kaplan y P. Collier mencionados por Marchal y Messiant (2004).

Este momento se refiere a los procesos de transformación en la política geoestratégica mundial, con la desaparición del modelo bipolar este-oeste tras la desintegración del bloque soviético comenzando los años noventa, a la paulatina adopción de una economía neoliberal en los distintos mercados nacionales de cara a la escena mundial y a los efectos en la representación del mundo contemporáneo causados por la globalización informacional, a modo del mundo como un “paisaje global” (Fazio Vengoa, 2007).

A continuación, se analiza en la distinción entre lo antiguo y lo nuevo de las guerras, varios aspectos que han servido de nudos comparativos a los autores de esta perspectiva, sin dejar por ello de reconocer sus matices y diferencias en el análisis. Estos aspectos se refieren, en primer lugar, a la espacialización y la intensidad y velocidad del desarrollo de la fuerza o violencia utilizada en los distintos conflictos. Segundo, a la racionalidad de la acción violenta, así como a la actitud de los combatientes o actores de los mismos. Y tercero, al tipo de vínculo de la población en las guerras y crisis, y los motivos, ideologías y recursos en la producción de esa violencia en los nuevos conflictos frente a los de antaño.

Con respecto a la espacialización en el desarrollo de las situaciones de guerra, se plantea que a la violencia de antaño la regía un principio de concentración de sus fuerzas y una centralización de las decisiones tácticas, ya que las confrontaciones se sostenían en territorios demarcados y delineados por los Estados nacionales para el avance o retroceso de las tropas, donde se podía definir el centro con respecto a las localizaciones periféricas de los combates, y las decisiones de ataque y repliegue de las fuerzas combatientes se definían al interior de los Estados (Münkler, 2005). Es decir, era una violencia caracterizada por la delimitación y definición del territorio en disputa, aportado por los límites territoriales de cada país.

En contraste, en las nuevas guerras los espacios de confrontación han estado, muchas veces, al interior de los Estados, con lo cual, en vez de disputas entre ejércitos regulares procedentes de países nacionales, las confrontaciones se han producido entre fuerzas irregulares con una localización indeterminada y dispersa a lo largo de los territorios nacionales. Aunque

las decisiones tácticas para activarla o pararla se han llegado a tomar en otras latitudes distantes de los Estados, generándose lo que se ha llamado, una desterritorialización de sus fuerzas (Appadurai, 1999) y una multiplicación de los centros de decisión. “De hecho el monopolio de la violencia ha mostrado ser, con las transformaciones de las sociedades modernas, un bien monopolizado a escalas supranacionales” (Blair y Berrío, 2008: 96).

De este modo, en los anteriores conflictos se daba la concentración/localización de la violencia y la centralización de las decisiones tácticas, mientras que en los enfrentamientos de hoy, se da la deslocalización / desterritorialización de la violencia y la descentralización de las decisiones tácticas. Esta es una comparación entre un espacio localizado y limitado para el uso de la violencia en las guerras interestatales clásicas —en las cuales los ejércitos regulares eran los protagonistas y estaban sometidos a las distintas convenciones y tratados firmados entre los Estados nacionales contendientes— y el espacio indeterminado y cambiante en el que se desarrollan las luchas del siglo XXI.

En los conflictos de hoy se ven involucrados variados actores armados de distinto carácter y procedencia: gobiernos de algunos Estados, grupos paramilitares, guerrillas, redes trasnacionales de delincuencia, entre otros, con la imposibilidad actual de limitar y regular a través de normativas las diferentes acciones bélicas, debido, entre otros aspectos, a la imprecisión de quienes ejecutan tal violencia y a que muchas veces son acciones dirigidas y coordinadas a través de flujos de información en la red global. Al decir de C. Taibo:

Otro rasgo de los conflictos de nuevo tipo es su notoria relación con procesos que mucho tienen que ver con la globalización: ahí está, para testimoniarlo, la presencia de los medios de comunicación, de fuerzas mercenarias, de asesores militares procedentes de otros países, y de un sinfín de ONGs y organismos internacionales. Tanto la privatización mencionada como el peso de estas lógicas, más o menos afines a la globalización, se han traducido en una erosión del monopolio de la violencia legítima que, en la manida definición weberiana, se atribuye al Estado (Taibo, 2008: 263).

La simetría o asimetría en el desarrollo de los conflictos se ha medido por la intensidad y velocidad de la fuerza o violencia utilizada en la estrategia militar, con respecto a la cual se ha considerado, que hubo una simetría entre los bandos enfrentados en el marco de las guerras interestatales

de los siglos XVIII, XIX y XX (Münkler, 2005; Kaldor, 2001; Waldmann y Reinarés, 1999), y, por el contrario, los actores de los conflictos bélicos contemporáneos cuentan con una desigual condición para el despliegue de la velocidad e intensidad de la violencia. En este aspecto, interfieren tanto la profesionalización de los actores involucrados en los enfrentamientos —ejércitos regulares en las guerras antiguas frente a bandos o fuerzas irregulares en los conflictos del siglo XXI—, del mismo modo que la tecnología y recursos en las que están basados los distintos mecanismos de violencia de una época a otra, lo que puede optimizar la capacidad de acelerar la violencia, de acuerdo al alcance y el potencial destructivo, pero también a los intereses de los actores de los nuevos conflictos en continuarla o no, indefinidamente.

El segundo aspecto analizado en esta perspectiva dicotómica de la violencia, es la distinción de la racionalidad y la actitud del combatiente, frente a lo cual se afirma, que en aquellas situaciones de guerras de antaño, se procuró un despliegue de la violencia entre combatientes concentrados en unos aparatos militares, claramente identificables por su contendor, y con una actitud heroica y comprometida con el honor militar y la población que defendían. En contraste, en las situaciones de guerra y conflictos armados contemporáneos, se plantea que los contendientes pertenecen a grupos armados de diverso carácter, paraestatal, subversivo, redes delincuenciales de tráfico ilegal —de drogas, armas y trata de personas—, sin mayor distinción entre combatientes y no combatientes, con una racionalidad ajustada al intercambio y obtención de beneficios individuales (Kaldor, 2005; Romero, 2002; Tilly, 2004).

Siguiendo esta distinción se afirma que la racionalidad y la actitud de entrega de los combatientes de antaño estaba vinculada a la disciplina, la oficialidad y la doctrina que aseguraba la pertenencia a las instituciones militares legítimas, regidas por la razón del Estado nacional moderno, frente a la irregularidad, “irracionalidad”, “tribalismo” y “premodernidad” que ha caracterizado a los combatientes involucrados en los conflictos contemporáneos. Tal es el caso de los conflictos desarrollados en países de los Balcanes, en países africanos y latinoamericanos, y en general, en los llamados “Estados fallidos”.¹

Es necesario precisar que en los actos de terrorismo internacional como los sucedidos el 11 de septiembre del año 2001, se ha comenzado a analizar otro tipo de actitud del combatiente contemporáneo, el inmolado de los grupos fundamentalistas, frente al post-heroico de la sociedad occidental, motivados por el intercambio más que por el sacrificio; éste último vinculado a las sociedades “premodernas” (Nahoum-Grappe, 2002).

El tercer aspecto de la dicotomía entre lo antiguo y lo nuevo de la violencia se refiere, a que mientras en las guerras y conflictos antiguos se recurrió al uso de la violencia como mecanismo legítimo de coerción y monopolio de la fuerza estatal, en los conflictos recientes, el uso de la violencia es un mecanismo de intercambio e interés por el lucro económico –depredación–. A su vez, en esta disyuntiva se argumenta que los diversos conflictos antiguos se vieron alimentados por ideologías orientadoras de los proyectos de sociedad, y los nuevos, se sustentan, fundamentalmente, en construcciones singulares de identidad con proyectos de sociedad exclusivistas en etno-nacionalismos o fundamentalismos religiosos, por ejemplo.

Lo que también permite distinguir entre los apoyos de la población que se recibían en las guerras libradas antiguamente, frente a la impopularidad y confinamiento que padecen las guerras y conflictos del siglo XXI. Desde esta interpretación, la violencia de hoy es una violencia acéfala, ejecutada por distintas motivaciones y orientaciones de acción, y frente a la cual no hay aún instrumentos de regulación y sanción para los responsables. Según Z. Bauman,

El etnicismo no es ‘un rebrote del nacionalismo de la temprana modernidad’. Es, de hecho, lo contrario del nacionalismo, una especie de imagen especular (como lo explicaron Makler, Martinelli y Smelser) ‘de la caída en desgracia del nacionalismo como fuerza política unificadora viable’. Las guerras, escaramuzas y excursiones de reconocimiento entre diferentes etnias, que tienen como objeto la autoafirmación, son una clara, y a menudo sangrienta, manifestación de la pérdida de confianza en los proyectos nacionalistas (2004: 283).

Según el planteamiento de H. Münkler (2005), en las guerras del siglo XXI es cada vez más difusa la distinción entre el uso de la fuerza o violencia motivada por el agravio y aquella motivada por la codicia (Kalyvas, 2004). Al respecto, se plantea una tendencia a la creciente privatización y comercialización de la guerra, con el surgimiento y proliferación de “señores de la guerra” y de la utilización de niños soldados actuando como tropas baratas. Además, aparece también una mayor presencia de mercenarios que han pasado a tener un papel crucial en casi todos los conflictos bélicos de las recientes décadas. Así, mientras que en la economía de las guerras antiguas, tanto los gastos generados en armas, logística y combatientes, como lo obtenido a través de los diversos mecanismos de violencia, eran centralizados y regulados por el aparato burocrático estatal, la economía de

guerra de los nuevos conflictos, se ha caracterizado por lo dispersa y fluida, al proceder de unas transacciones legales e ilegales, simultáneamente en los ámbitos locales y transnacionales.

Al respecto, Münkler plantea que sin rentabilidad de la violencia no habría privatización de la guerra, como uno de los rasgos más característicos de los conflictos y guerras contemporáneas (Münkler, 2005:120). Este, a su vez, es uno de los argumentos para plantear un efecto de “desestatalización de la guerra” en el siglo XXI, aspecto que será analizado más adelante. Sin embargo, este argumento pasa por alto lo rentable que ha sido la guerra y el uso de la violencia en ella para los Estados durante los siglos anteriores, en los distintos procesos de desarrollo económico y configuración de las riquezas nacionales durante los siglos XIX y XX, por los países del Primer Mundo sobre grandes extensiones de territorios del Tercer Mundo, con iguales o mayores impactos depredadores en los territorios involucrados (Taibo, 2008).

Dentro de las transformaciones de la violencia con respecto a las guerras antiguas, caben todas aquellas interpretaciones que cuestionan los conflictos internos armados contemporáneos porque la violencia se despliega de una forma generalizada y por sus consecuencias “atroces” sobre la población civil. La violencia que en las guerras antiguas era producida y dirigida hacia los combatientes, en los nuevos conflictos tiene un uso multidireccional, siendo la población civil la más afectada y vulnerada (Kaldor, 2005; Romero, 2002; Tilly, 2004).

El uso desmedido de violencia física y simbólica parece hablar de una violencia “incivilizada”, “bárbara” y “cruel”; en todo caso, de otros tiempos regidos por valores distintos a los democráticos de la actual civilización. Paradójicamente lo que había diferenciado a la civilización premoderna, de la moderna, había sido que en la primera no se había podido asegurar la centralidad y el monopolio de los medios de violencia en un solo ente político y territorial (Giddens, 1993: 63). Siguiendo este planteamiento parece ser que el distintivo de la civilización moderna tampoco hubiese logrado su cometido, al observar el carácter desterritorializado y convergente de distintas motivaciones –políticas, raciales, privadas, religiosas, de clase, de la violencia de hoy– (Appadurai, 1999; Kalyvas, 2004).

Este es el caso de la violencia que ha sido nombrada como de “limpieza étnica o racial”, definición que localiza a los conflictos internos contemporáneos, como los ya mencionados de los países de los Balcanes y del Medio Oriente, en una especie de miasma entre la barbarie y el terror,

en donde las motivaciones, que predominantemente se enuncian para la explicación de esa violencia, son las del odio y del “mal”, despolitizando así el análisis, y paralelamente, encubriendo las voluntades de los detentadores de esa violencia (Nahoum-Grappe, 2002).

Es decir, las motivaciones raciales y de limpieza étnica de los diversos conflictos internos siguen vigentes; sin embargo, en esa interpretación de la violencia producida, se le da poca relevancia a uno de los factores fundamentales que azusan esos conflictos, esto es, los concernientes directamente a las luchas de poder, desconociendo, la responsabilidad de los distintos grupos, Estados y actores que la utilizan como recurso. Además, como afirma C. Taibo, “Los *agentes locales* desempeñan a menudo papeles decisivos en la gestación y el desarrollo de los conflictos, esa consideración debe acompañarse de otra que nos recuerda cuáles son los intereses, siempre turbios, que defienden las grandes potencias” (2008: 258).

De este modo, el argumento de la explosión de conflictos referidos exclusivamente a motivaciones de identidad, lo que propicia es un efecto de despolitización y des-responsabilidad de sus causas y consecuencias.

La purificación étnica y el uso del sadismo y la crueldad de baja ralea en la guerra no están devaluados ni obsoletos. Los crímenes atroces de la purificación étnica de finales del siglo XX no son el signo del resurgimiento de la barbarie en el hombre, ni la nueva versión balcánica de las tragedias de Racine, sino que, por el contrario, ese estilo de criminalidad será cada vez más la única manera para un Estado criminal de negociar la continuación de su acción (...) (Nahoum-Grappe, 2002: 74).

Lo que se pretende en la presentación sucinta de la perspectiva dicotómica entre las viejas y nuevas guerras, es llamar la atención sobre una de las implicaciones de la unificación del mundo de hoy bajo la nominación de la era global. En esa mirada disyuntiva entre lo viejo y lo nuevo de las violencias se piensa:

(...) Como si el movimiento de unificación del mundo hubiese surgido recientemente. El análisis retrospectivo se refiere como mucho a un período de una o dos décadas. La dictadura del tiempo corto hace que se atribuya una patente de novedad y, por tanto, de cambio revolucionario, a lo que en realidad testimonia evoluciones estructurales y procesos en curso desde mucho tiempo atrás (Matterland, 2002: 163).

En la comparación entre lo nuevo y lo antiguo de los conflictos violentos, se recurre a distintivos y generalizaciones que, frecuentemente, dejan a un lado los procesos de entrecruzamientos e interacciones propios de las relaciones sociales y de poder, entre los contextos locales y nacionales con el contexto global. Se ofrecen interpretaciones de la realidad de una forma muchas veces confusa, al combinar los factores históricos y estructurales que alimentaron antiguos conflictos, y no fueron resueltos, con factores recientes internos y externos. Olvidando que las configuraciones recientes de los mismos, se intensifican y redimensionan de acuerdo a factores pre-existentes de las relaciones sociales y de poder en una sociedad.

Escapando a cualquier inmediatez en la precisión temporal y espacial de la violencia, las de hoy son violencias que informan de dinámicas recientes, pero que pueden estar reconfigurando y redimensionando conflictos estructurales no resueltos de las distintas sociedades involucradas. De acuerdo con V. Das, “Sin duda, existen continuidades entre la sensación actual de que hay un enemigo invisible que rodea a los ciudadanos de los Estados Unidos y las guerras anteriores, como la guerra contra el comunismo o la guerra contra las drogas. Sin embargo, sería interesante observar las diferencias y preguntarse qué es lo novedoso de la situación actual.” (Das, 2008: 499).

2. La violencia entre lo público y lo privado

La distinción de la violencia por su carácter público o privado, dependiendo de su anclaje en la vida colectiva o la individual, se centra en categorías de análisis que inscribe la violencia a su monopolio por parte de los aparatos burocráticos del Estado soberano (Hobbes, 1979), de acuerdo al modelo westfaliano de las soberanías nacionales de poder. En el caso de las violencias privadas, su uso difuso e indiscriminado se inscribe como un medio para la obtención de recursos económicos y para un grupo de individuos sin ninguna defensa de intereses de “un bien común”.

En el primer caso, el carácter público de la violencia se ha entendido por su utilización en las relaciones de la dominación estatal como un recurso coercitivo de poder, además del uso de las ideologías hegemónicas, las normas y las acciones de legitimidad de dicha dominación. Y en el segundo caso, el carácter privado de la violencia se ha entendido por su utilización en el marco de relaciones de poder para el saqueo y el usufructo económico de su uso. En este sentido citamos el planteamiento de P. Waldmann, “sin menospreciar la relevancia de la figura del señor de la guerra, hay que destacar que representa la forma extrema de sustitución del poder estatal

por la violencia privada.” (Waldmann, 2003: 44). Sin embargo, el mismo autor plantea que a esta forma de violencia privada se le ha pretendido dar demasiada importancia, frente “al factor estatal de las formas predominantes de violencia político-social” (Waldmann, 2003: 45).

Ahora bien, teniendo en cuenta las transformaciones espaciales experimentadas en las últimas décadas, la violencia producida en una localidad en particular no se puede entender hoy exclusivamente desde el carácter privado o las condiciones sociales, políticas, culturales y legales del contexto de los Estados nacionales, la idea de aparatos estatales ejerciendo el monopolio de la violencia está cada vez más puesta en entredicho, debido al sinnúmero de transacciones materiales –incluyendo las transacciones ilegales como el tráfico ilegal de armas–, ideológicas, sociales y políticas que emergen y cada día son más difíciles de controlar al interior de los territorios nacionales, como ya se había mencionado en el primer apartado, sobre todo porque se trata de actividades que no están localizadas (Giddens, 1993; Bauman, 2005) ya que hacen parte de las transacciones que han entrado al lugar fluido de las redes internacionales y cuyas decisiones tampoco dependen de un único actor. En este sentido, los Estados hoy, “es muy poco lo que pueden monopolizar de manera realista, excepto la idea del territorio como punto diacrítico de la soberanía” (Appadurai, 1999).

Poner en entre dicho el monopolio efectivo en el ejercicio de la violencia por parte del Estado en la era global, no quiere decir la aceptación de la privatización y comercialización de la guerra (Münkler, 2004: 6) y como efecto, la desestatalización de la violencia o la desaparición de la responsabilidad estatal en los conflictos. Lo que se afirma, es el reconocimiento de la multiplicidad de grupos armados locales, grupos de delincuencia organizada y redes internacionales del terrorismo, así también, de gobiernos autoritarios y militaristas, haciendo uso de la violencia, como parte de la reestructuración de las relaciones de poder en el ámbito local, regional y global, lo que incluye la concentración de recursos naturales y territorios bajo el control de grupos de élites de poder.

De acuerdo con Lemke, “El análisis de Foucault sobre la gubernamentalidad neoliberal muestra que el ‘llamado repliegue del Estado’ es en realidad una prolongación del gobierno; el neoliberalismo no es el fin de la política sino una transformación de ella que reestructura las relaciones de poder en la sociedad” (Lemke “et al”, 2006: 16).

El mercado promete, pues, una extensa reproducción de los recursos violentos del estado, y las injerencias foráneas clandestinas de gobiernos

supuestamente ‘responsables y democráticos’ han desempeñado un importante papel a la hora de fomentar la violencia como medio para conseguir objetivos políticos en todo el mundo. Si el mundo que han creado los imperios hoy les causa alarma debido a unos desórdenes que ya no pueden controlar, tales desórdenes son, al fin y al cabo, creación suya (Gledhill, 2000: 254).

En la distinción de la violencia entre su carácter público o privado hay un entrecruzamiento de escenarios, intereses y acciones difícilmente discernible entre ambos, ya que muchas de las formas de violencia provienen de actores –incluyendo en estos a los mismos aparatos militares y agentes del Estado, pero que no se agota allí– actuando en nombre de la soberanía o representatividad de algún grupo humano. Y dado el caso de que no fuera así, por la presencia de agentes únicamente interesados en el usufructo de la guerra, la existencia de esos agentes haciendo de los medios bélicos un producto y un medio de transacción, tiene su lugar y explicación en un Estado capitalista que ha utilizado la producción de armamentos como una de sus principales industrias. Lo que remarca el carácter ambivalente de la producción de la violencia y la resignificación de lo público en ese escenario de transformaciones de las relaciones de poder en la era de la globalización.

El privilegio otorgado por las interpretaciones de la violencia a las causas de seguridad individual por el recurso indiscriminado por parte de grupos extremistas y delincuenciales, o por grupos pertenecientes a estructuras criminales asociadas a las actividades económicas ilegales y terroristas, deja por fuera del análisis los vínculos causales de los fenómenos violentos.

El hecho de que se produzca la violencia es una situación que indica el estado general de las relaciones al interior de la sociedad, pasar por alto esta premisa es desplazar la mirada de otras posibles causas de esa violencia, relacionadas con las exclusiones sociales, económicas y políticas y, de este modo, también desplazar sus posibles soluciones o atenciones; por ejemplo, con políticas públicas integradoras y extendidas a toda la población. Las decisiones tomadas hasta ahora hacia las respuestas autoritarias, como la represión o la imputación de terrorismo, intentan eliminar “el mal” desde la superficie de la epidermis social, pero dejando dentro a la raíz del mal que se pretende “extirpar” (léase, las exclusiones y precariedades sistemáticas en todos los niveles de la vida social).

De acuerdo con lo anterior, la distinción de la violencia entre su carácter público o privado requiere evitar un discurso legitimador y evasivo, ya que cualquiera sea el actor o actores involucrados en un conflicto espe-

cífico será necesario una mirada menos coyuntural y más transversal sobre las responsabilidades y las circunstancias que lo desataron, máxime cuando la industria armamentista se ha ido desarrollando en las últimas décadas a la sombra de los avances tecnológicos de los Estados más poderosos –léase con recursos públicos–. De este modo, los planes y programas promovidos y financiados por los países del llamado Primer Mundo en países con conflictos internos armados, o problemas de gobernabilidad legítima en arreglo al modelo político de la democracia occidental, como fue el ejemplo de Irak, son una clara injerencia externa que se ha convertido en un factor relevante para el aumento de la violencia en la escala local. Para esta injerencia en la política interna de los Estados nacionales se aducen distintas razones, dentro de las cuales el control del tráfico ilegal de drogas y la seguridad de los demás países, son solo algunas de ellas.

3. Reinterpretación de la violencia de acuerdo a las transformaciones espacio-temporales en tiempos de globalización

En la discusión sobre la existencia en la sociedad contemporánea de nuevas formas de violencia con respecto a las formas de proceder en las guerras y conflictos de antaño, se debe tener en cuenta que estamos ante un fenómeno sumamente cambiante, es en la dinámica y configuración de relaciones de poder que la violencia se produce y mantiene. A su vez, se estructuran y reestructuran en los procesos cultural, social, político, económico y tecnológico, y es de acuerdo a la dirección y dinámica de estas relaciones, que las variadas formas de violencia se van originando, retrotrayendo y evolucionando, y que muchas otras formas de violencia que creemos olvidadas por “arcaicas” y “primitivas”, se reproducen, re-contextualizan y perpetúan en el tiempo.

Así mismo, la actual indefinición e inclasificación de la violencia entre los límites de lo público y lo privado (Munkler, 2005), entre el espacio doméstico nacional y el mundial, entre su carácter estatal y aestatal² (Gledhill, 2000), propicia también la misma perspectiva de indeterminación y ambigüedad, todo lo cual conlleva al planteamiento de una producción de la violencia actual en el contexto de la globalización, en un espacio vacío, en una “tierra de nadie” (Agamben, 2005: 24).

Las reflexiones acerca de la violencia, desde Walter Benjamín, ya la caracterizaban de acuerdo a la convención y generalidad de unas relaciones de poder enmarcadas en la ilegalidad permanente. Esa “laguna normativa”, de la que habla G. Agamben (2005), con la existencia de los Estados de

excepción, estaría llegando así con esa indefinición actual de la violencia, a su máxima expresión, lo que permite cuestionar, a su vez, aquellas interpretaciones que adscriben la violencia exclusivamente a los contenidos y marcos de la barbarie o la irracionalidad y, al contrario, la razón y la utilidad son su parte constitutiva:

Como el golpe de Estado no es otra cosa que la manifestación de la razón de Estado, llegamos a la idea de que, al menos en lo concerniente al Estado, no hay ninguna antinomia entre violencia y razón. Podemos decir incluso que la violencia del Estado no es, en cierto modo, más que la manifestación explosiva de su propia razón (Foucault, 2006: 306).

Los conflictos a los que se recurre para explicar la violencia contemporánea desde una mirada dicotómica, lo que más parece, a todas luces, es una caracterización de la violencia desde la alteridad y la extrañeza, en lugar de una búsqueda real de su comprensión. En esta interpretación se olvida o elude, entre otras consideraciones, al llamado terrorismo de Estado, fundamentalmente de regímenes que no respetan los derechos humanos; y contrario a su mandato, son las fuerzas de seguridad estatal las involucradas en la violación de los derechos fundamentales de sus ciudadanos. También se elude la importancia de las experiencias masivas de exclusión económica y social de los jóvenes, entre otros grupos poblacionales vulnerables, así como la importancia de la crisis del trabajo actual con la flexibilización laboral y la informalidad de ese mercado laboral, entre otras condiciones.

Al plantear la ambigüedad en la definición de la violencia, se está reconociendo la dificultad en ceñirse a unas motivaciones, intereses e identidades en particular, cuando lo que puede estar ocurriendo es la mezcla de intereses públicos y privados, además de individuales y colectivos, ambigüedad que por lo demás, no es una característica exclusiva de la era global, aunque se puede estar viviendo de manera mucho más acentuada por la facilidad de los flujos de información que propician los actuales avances tecnológicos (Martín-Barbero, 2002).

Una transformación en la interpretación de la violencia a partir de los efectos de la globalización, pasa por la mirada a la construcción de estereotipos de los “terroristas” y violentos en los medios de comunicación y cadenas de noticias internacionales, y el modo cómo estos estereotipos son consumidos y retroalimentados en las realidades locales. Así, la relación del lugar de procedencia de los sujetos y la edad; jóvenes por ejemplo, con proclividad hacia la violencia, lo que genera es la formación de estereoti-

pos de cultura violenta de un grupo poblacional en particular, que en el tratamiento de la opinión pública tiene una facilidad a desplazarse hacia la estigmatización y discriminación social de la población involucrada.

El rumor y la distorsión de las relaciones cotidianas, así como el consumo de imágenes e información que entran a respaldar el rumor inicial, es uno de los medios, entre otras vías, de adquisición de la resonancia pública y legitimación para la criminalización de las conductas, o para la “criminalización de la pobreza” como lo expresa Z. Bauman (1999: 161), por parte de los aparatos de seguridad estatal. Es el papel fundamental que tiene el terrorismo de Estado en la producción y reproducción de la violencia como su propia condición de existencia.

El mayor interés en el uso de la violencia delincuenciales y generalizada, que amenaza y vulnera a la población civil, como se ha argumentado frecuentemente con el caso del terrorismo internacional en la sociedad contemporánea, ha posibilitado el posicionamiento ante la opinión pública, del discurso de la necesidad de defensa de la seguridad individual frente a la seguridad y el bienestar colectivo. Lo que ocurre es una despolitización de la violencia, que se introduce con planteamientos como el odio, el mal, el despliegue del terror por un agente perturbado (un sádico o un ‘asesino en serie’, por ejemplo).

La relevancia en el análisis de esa suerte de individualización de la violencia ha tenido sus implicaciones en el aumento de medidas policiales, que han restringido las libertades civiles, pero han ido dilatando otro tipo de respuestas a problemáticas sociales, políticas y económicas, que son intrínsecamente anunciadas a través de la existencia de dicha violencia. Produciendo, de este modo una nueva, en este caso simbólica, que estructura, condiciona y genera nuevos contextos de violencia física a través de la intervención estatal. De acuerdo con Z. Bauman, “La vulnerabilidad y la incertidumbre humanas son la principal razón de ser de todo poder político; y todo poder político debe atender a una renovación periódica de sus credenciales” (Bauman, 2005: 18).

Conclusiones

Sintetizando la respuesta al interrogante que ha orientado el desarrollo del presente artículo, las relaciones de poder de la escena global están contenidas en la producción de las violencias locales a través de distintos entrecruzamientos y decisiones de cooperación entre países; así como a través de las alianzas entre actores públicos y privados, corporaciones

multinacionales y los gobiernos locales, muchas veces soslayando los intereses colectivos por los beneficios individuales que se alcanzan con su producción.

Una discusión articuladora de distintas interpretaciones acerca de la violencia tendría que preguntarse, entre otros aspectos, de qué modo superar esa profunda separación entre lo público y lo privado que se ha llegado a establecer para entender la violencia. Del mismo modo, preguntarse cómo lograr redimensionar la violencia desde sus distintos efectos, que no son sólo los desestabilizadores y disgregadores de las relaciones sociales, sino también desde los efectos de apertura de nuevas oportunidades de acción social y política, sin llegar por ello a justificarla, o menos aún, a disminuir la responsabilidad política y moral de quienes la utilizan.

Desde distintas perspectivas de análisis se afirma que “El mundo contemporáneo se caracteriza por una guerra civil generalizada y permanente, por la constante amenaza de violencia que determina de ipso la suspensión de la democracia. (...) la guerra actúa como un mecanismo de contención.” (Hardt y Negri 2006: 387). Sin embargo, las preguntas que se desprenden de este tipo de afirmaciones son, ¿Hasta qué punto esa violencia ejercida logra establecer relaciones de dominación? ¿Cuáles son las técnicas que subyacen en esa relación de dominación? Lo que entraña retos epistemológicos, que de acuerdo con S. Kalyvas (2004), obligan a recoger evidencias que informen sobre las dinámicas locales y sus vínculos con las decisiones de la política global.

Lo que aquí se sostiene, con la idea de una reinterpretación de la violencia por fuera de marcos de análisis que la atribuyen a grupos humanos “incivilizados”, “ontológicamente conflictivos y violentos” (Melucci, 2001), o a situaciones des-vinculantes de la responsabilidad política en ellas, es que nada de lo que experimenta el ser humano nos es ajeno, lo que entraña compromisos y retos ineludibles de comenzar a asumir colectivamente.

Es de acuerdo a las transformaciones espacio-temporales experimentadas globalmente, que las distintas situaciones de violencia se re-orientan, resignifican y magnifican, alterando y transformando, a su vez, las condiciones sociales de la vida en común. Recordando con esto, el planteamiento de Z. Bauman, al decir,

(...) la responsabilidad por el Otro –una responsabilidad genuinamente *incondicional* que ahora también comporta tareas de previsión y precaución– es en nuestra época la ‘dura realidad’ de la condición humana. *Cargamos* con la responsabilidad por los demás tanto si la

reconocemos y asumimos como si no, y no hay nada o casi nada que podamos hacer para sacudirnos ese peso de encima (Bauman, 2004: 255).

Notas

- ¹ Es decir, Estados que no se han ajustado a las reglas de juego del modelo de la democracia liberal.
- ² Entendiendo como aestatal -término utilizado desde la antropología política de P. Clastres y Gledhill (2000)- a aquella violencia producida hoy pero que ha sido interpretada desde la barbarie y el terror de la incivilidad.

Referencias

- Agamben, Giorgio (2005). *Estado de excepción. Homo Sacer, II*. Argentina: Adriana Hidalgo editora, segunda edición.
- Appadurai, A. (1999). Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional. *Nueva Sociedad*. Nro. 163, 109-124.
- Bauman, Zygmunt (1999). *La Globalización. Consecuencias Humanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2004). *La Sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2005). Los residuos del progreso económico. *Claves de Razón Práctica*. Nro. 149, 14-20.
- Blair, Elsa y Berrío, Ayder (2008). Del “hacer morir o dejar vivir” al “hacer vivir y dejar morir”. Cambios en el ejercicio de la soberanía en el espacio de la guerra: del territorio a la población (pp. 89-108) en Piazzini Suárez, Carlos Emilio y Montoya Arango, Vladimir. *Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios*. Medellín: Gobernación de Antioquia, INER, Universidad de Antioquia, La Carreta Editores.
- Das, Veena. (2008). Los significados de la seguridad en el contexto de la vida cotidiana (pp. 497-516) en Ortega, F. A. (ed.). *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas CES.
- Fazio Vengoa, Hugo (2007). De la globalización a la historia global: hacia otra representación del mundo contemporáneo. *Análisis Político*. Nro. 61, septiembre, 28-44.
- Foucault, Michel (1995). *Historia de la Sexualidad. I La Voluntad de Saber*. Madrid: Siglo XX.
- _____. (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collage de France (1975-1976)*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- _____. (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collage de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Giddens, Anthony (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Universidad.

- Gledhill, John (2000). *El poder y sus disfraces. Perspectivas antropológicas de la política*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio (2006). *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*. Barcelona: DeBolsillo.
- Hobbes, Thomas (1979). *Leviatán*. España: Nacional.
- Kaldor, Mary (2003). El terrorismo como globalización regresiva. *Claves de Razón Práctica*. Nro. 138, diciembre, 38-42.
- _____. (2005). Cinco acepciones de la sociedad civil global. *Claves de Razón Práctica*. Nro. 149, enero/feb, 30-35.
- Kalyvas, Stathis N (2004). La ontología de la “violencia política”: acción e identidad en las guerras civiles. *Análisis Político*. Nro. 52 septiembre-diciembre, 51-76.
- Lemke, T.; Legrand, G.; Le Blanc, G.; Montag, W.; Jessop, B.; Giacomelli, E (2006). *Marx y Foucault*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marchal, Roland y Messiant, Christine (2004). Las guerras civiles en la era de la globalización: Nuevos conflictos y nuevos paradigmas. *Análisis Político*. Nro. 50, 20-34.
- Martín-Barbero, Jesús (2002). Política y Comunicación. Des-figuraciones de la política y nuevas figuras de lo público. *Foro*. Nro. 45, 13-26.
- Matterland, Armand (2002). *Historia de la Sociedad de la Información*. Barcelona: Paidós, 193.
- Melucci, Alberto (2001). *Vivencia y convivencia*. Madrid: Trotta.
- Mouffe, Chantal (2007). *En torno a lo político*. Argentina: Fondo de Cultura Económica de España.
- Münkler, Hefried (2004). Las guerras del siglo XXI. *Análisis Político*. Nro. 51, 3-11.
- _____. (2005). *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*. España: Siglo XXI.
- Nahoum-Grappe, V. (2002). Cultura de la guerra y contemporaneidad: ¿La “purificación étnica” es una práctica “de otros tiempos”? *Nómadas*. Nro. 16, abril, 64-74.
- Romero Vidal, Mauricio (2002). La política en la paz y la violencia. *Análisis Político*. Nro. 45 enero-abril, 60-81.
- Rule, James B. (1988). *Theories of Civil Violence*. Berkeley: University of California Press.
- Subirats, Eduardo (2002). Violencia y Civilización. *El Viejo Topo*. Nro.165, mayo, 45-55.
- Tilly, Charles (2004). *Social movements 1768-2004*. Boulder Co: Paradigm Publishers.
- Waldmann, P. y Reinares, F. (compilador) (1999). *Sociedades en Guerra Civil. Conflictos Violentos de Europa y América Latina*. Barcelona: Paidós.
- Waldmann, Peter (2003). La seguridad en tiempos de transformación. *Claves de Razón Práctica*. Nro. 138, diciembre, 44-46.